CAPITULO IX.

ENTRA LA COMPAÑIA DRAMÁTICA EN PLENA ANARQUIA.

A la mañana siguiente Pico fué el primero en emprender la marcha, con objeto de adelantarse con Isolina y sustraerla al furor de la primera dama.

Romero fué objeto del mas profundo desprecio por parte de María del Cármen, y en casi todo el camino no habló con nadie.

En cambio María del Cármen formó compacto grupo con la característica, con el segundo galan y con la pareja de baile.

—Lo que yo no puedo comprender, decia María, es de

donde han sacado Gervasio y Pico ese dramático personaje, ni por que género de peripecias se encuentra en su poder.

—De veras es extraño, contestó la característica; pero lo que sí sé decir es, que esto no es nuevo, ni es como lo cuentan.

—Aquí hay algo, dijo la bailarina.

—¡Venirme á mí con esas! si yo conozco á Gervasio como á mis manos, y lo que es esta no se la tolero: ¡pues no faltaba mas!

—Hará usted bien; las pobres mugeres tenemos que pasar mas tragos!.....¡ay! de que yo me acuerdo de lo que me hizo Lopez!.....

—¿Qué Lopez?

—Aquel barba de la compañía que trabajaba en Puebla.

—¡Ah! sí.

—Pues yo quise á ese hombre con pasion, anduvimos juntos cuatro años, me separé de mi familia, abandoné intereses y todo, para que el dia menos pensado Lopez apareciera con una sobrina; ¡pero que sobrina! era una discípula de baile de Ambrosio Martinez y que por mas señas la echaron de la compañía.

—¿Y qué sucedió?

—Qué habia de suceder, que quebramos, y hasta ahora..... ¡Ay! todavía suspiro por Lopez; y que buenas lágrimas me costó la sobrina!

—A fe que yo, dijo María; ¿yo llorar? no, ni un momento.

—Haces bien, hija, haces bien, los hombres solo para reirse.

—Y luego para lo que necesito á Gervasio!

—Al contrario, él es el que te necesita.

—Ya se vé, sin mí que va á hacer? *Soy su muleta.*

—Nada; el no puede hacer nada sin muletas.

—Por supuesto, y sobre todo, que galanes se encuentran, pero damas, y damas de mi fuerza, ni con un cirio pascual.

—Ya pódias formar tu compañía, dijo la característica, y á la verdad, si hay quien me suba el sueldo, me paso.

—Pues bien, formo compañía, te doy cinco pesos mas.

—¿Cinco pesos? gran puñado!

—Pero ya ves como están las cosas.

—Lo mejor será que trabajemos por compañía, dijo el segundo galan.

—Eso es, dijo la bailarina, á reparto.

—¿Cuento con usted? dijo María al galan.

—Sí, solo por darle en la cabeza al director que me tiene agotada la paciencia.

—De Pepa y Pancho no hay que decir, dijo María dirigiendo una expresiva mirada á la pareja de baile.

—Nosotros con usted siempre.

—Bueno, pues nos pronunciamos, ya no mas déspotas, á formar compañía y ya buscaremos galan y apuntador.

Pico é Isolina habian caminado solos todo el dia.

Los humos de Pico se iban apagando ante la respetable virtud de Isolina. Pico no estaba corrompido, ni su carrera militar, ni su época de *bruja*, habian extinguido en él la nobleza de su corazon. Pico era simplemente farsante, ligero y si se quiere pueril, pero su fondo era bueno.

—Que diferencia, decia para sí: María del Cármen es una muger insolente, ordinaria, brusca, é Isolina es digna, es noble, es toda una señorita. Esto me entristece por una parte, pero me consuela por otra: me entristece, porque mientras mas alta vea yo á Isolina, menos esperanzas debo concebir de que llegará á amarme; y me consuela, porque siempre es bueno conocer á la gente y lo que es María la primera dama, se ha dado bastante á conocer anoche. De seguro María del Cármen es una muger que iba á causarme muchas pesadumbres.

Sumido en estas reflexiones, Pico caminaba á pié al lado de Isolina, quien á su vez pasaba tambien largos ratos entregada á sus reflexiones.

Hubo un momento en que fué preciso descansar á la orilla del camino.

Isolina se apeó ayudada por Pico, y ambos se sentaron á la sombra de unos mezquites.

—Estoy pensando, dijo Pico, en que tengo entre mis manos una felicidad que me asombra; me parece que soy un pordiosero que se ha encontrado un collar de brillantes.

—¿Un pordiosero? preguntó Isolina cariñosamente.

—Sí, ¿qué puedo yo ser al lado de usted, Isolina? Al principio... qué quiere usted, todos los hombres somos

fatuos, me pareció que iba yo á hacer una conquista, creí que mi papel de salvador me ponia á los ojos de usted en un predicamento tan favorable, que la gratitud de usted me perteneceria toda entera.

—¿Y ahora empieza usted por dudar de mi gratitud?

—No dudo de ella, porque la ofenderia creyéndola destituida de ese sentimiento tan en armonía con la nobleza de sus sentimientos; pero.... perdóneme usted, Isolina, lo que voy á decirle..... pero esa gratitud tiene un límite.

Dijo esto Pico con un acento tal de verdad y de sentimiento, que Isolina comprendió que Pico comenzaba á amarla seriamente, y á su vez bajó la cabeza con melancolía.

—No se entristezca usted, Isolina, continuó Pico; yo nada soy, nada valgo; no soy siquiera para usted lo que mi perro es para mí; pero en todos los corazones hay algo que vale mucho; vea usted á mi Alí, no es mas que un perro, pero tiene corazon y me ama, yo lo conozco, me ama como si fuera un amigo, un hermano, y yo se lo agradezco tanto que lo amo tambien. En mi corazon hay algo que debe valer mucho para usted, y es mi cariño, mi lealtad, y lo comprenderá usted cuando sepa que estoy resuelto á ser su esclavo, á defenderla y á hacerla respetar.

—Valen tanto para mí esas palabras, dijo Isolina despues de una pausa, que las guardo como un depósito sagrado y como un consuelo benéfico en mi corazon. No es usted despreciable para mí, sino que por el contrario,

me felicito de no haberme equivocado al juzgar á usted el mejor de los hombres.

—¡Isolina!

—El cúmulo de horribles ideas, de largos padecimientos, de esperanzas frustradas y de amargos desengaños, han hundido mi alma en el estoicismo y la duda; y hoy, por la primera vez despues de mucho tiempo, vuelvo á recoger palabras que me son gratas, emociones que endulzan mi vida como un nuevo rocío.

—Isolina, estoy destinado á ser al lado de usted ó el hombre mas feliz ó el mas desgraciado de todos..... Pero perdóneme usted, no quiero decirla nada que pueda sobresaltarla, no quiero agravar su situacion haciéndola cargar con la responsabilidad de la pasion que me inspira... No, no la amo á usted como amante; la amo á usted como hermano, y si ni ese título merezco seré solo su criado..... su criado que no la abandonará nunca.

—Toda mi estimacion es para usted, todo mi cariño.

—¡Ah, Isolina! eso es mas que la vida; es la felicidad!

Estaba sucediendo una cosa rara: Pico é Isolina amaban por la primera vez.

Pico no habia sentido nunca un amor tan puro; sus mismas emociones le sorprendian.

En cuanto á Isolina, muy jóven aun, habia visto perderse sus primeras ilusiones con la desaparicion de su primer amante, á quien D. Pepe García habia ahuyentado cautelosamente de su lado; despues habia tenido otro pretendiente que murió, y desde que pudo sentir las primeras inquietudes de amor, no tuvo á su lado mas que á D. Pepe, empeñado en la mas tenaz y odiosa de las persecuciones.

Ya hemos dicho quien era D. Pepe; y se comprenderá que en él casi era peculiar el género de pasion que le conocemos. Los hombres rudos que viven en el campo ordinariamente, y en quienes el refinamiento de la sociedad escogida no ha logrado dominar sus instintos, fomentan, en medio de su soledad, odiosas tendencias, con las que llegan á hacer sus amores tan negros como el odio.

Bajo esta apariencia conoció Isolina el amor, y esta primera impresion fomentó á su vez en su ánimo una obstinada prevencion contra los hombres.

De manera que Isolina, por la primera vez, recogia las flores del amor en el hombre que creia que menos amor podia inspirarle. Isolina se sorprendia de encontrar en Pico las emanaciones delicadas de un sentimiento puro, de un amor que en nada se parecia al de D. Pepe; y no obstante, habia en el interior de Isolina una repulsion instintiva hácia Pico, repulsion que en vano procuraba explicarse.

Al terminar la jornada de ese dia, fué indispensable que unos á otros se vieran las caras.

El meson era muy estrecho, y no habia bastantes cuartos para hacer las separaciones que exijia el malestar de todos.

Pico, que habia llegado el primero, tomó cómodo alojamiento, procurando para Isolina el mejor cuarto.

Romero llegó despues y tomó el suyo; el resto de la compañía, con los burros, llegó ya casi entrada la noche.

Romero pretendió hacer las paces, y empezó por mostrarse servicial y solícito; pero María estaba cada vez mas mal dispuesta á aceptar la paz.

Durante todo el camino habia venido robusteciendo la idea de formar compañía; y este plan la afirmaba mas en su resolucion de separarse de Romero.

—Está decidido, decia María del Cármen, no trabajo mas; que yo no soy ningun mueble, ni conmigo ha de jugar usted como con sus..... con mis antecesoras, no señor.

—Pero, madre, reflexiona en que vas á dar un escándalo.

—Escándalo es el que usted ha dado á toda la compañía, presentándose mano á mano con yo no sé que Traviata misteriosa, sin que nadie sepa de donde ha ido usted á sacar esa..... esa preciosidad, esa joya del arte, como la llamara el necio del apuntador.

—Esa jóven es una señorita decente.

—¿Decente? ¡pues está bonita la decencia! ¿En qué árbol se dan esas señoritas decentes que brotan á la orilla de los caminos reales? Ahora pretenderá usted ¡cínico! persuadirme de que su..... su señora de usted, caballero, es una jóven decente; ¡já, já, já!..... A Dios gracias tengo un poco de mundo, señor D. Juan Tenorio; y está visto que no nació usted para autor dramático, porque no tiene usted inventiva, ni maldita la gracia para preparar las situaciones.

—Sea usted mi juez, señora, dijo Romero volviéndose á la característica.

—Yo no me meto en cuentos, porque al fin á mí ¿qué me va ni qué me viene? dijo la característica; yo soy muy callada y con nadie me meto; y por eso en todas las compañías en que he trabajado me han hecho la justicia de considerarme, y mucho, eso sí; desde el empresario hasta los encendedores, porque viene la damita, y —Dª Pachita por aquí, y Dª Pachita por el otro lado; y qué me aconseja usted qué haga con el bailarin; y si el consueta me dice, y de si no me dan velas, y de si el avisador no me dice nada—y yo, que ni para decir "esta boca es mia" abro los lábios; y de este modo me quito de enredos de bastidores, que no los puedo ver.

—Pero en este caso, señora, no quiero mas sino que usted interponga su influencia; porque, en fin, es usted una señora grande.

—Ya lo sé que soy vieja; pero no tanto como usted cree, señor D. Gervasio; lo que tengo es acabada, porque ya sabe usted como se maltrata el cútis con el maldito albayalde.

—Quise decir que es usted una persona de respeto.

—Eso sí, porque me doy mi lugar; y yo en el teatro á mi negocio y nada mas.

Pepa y Pancho Pintado estaban en la puerta del cuarto.

—Vengan ustedes acá, dijo Romero viendo llegar un refuerzo; ¿díganme ustedes si tiene razon mi María en...

—Yo no soy su María de usted ni de nadie; yo no per-

tenezco mas que al arte, y primero perteneceré al alcaide de la cárcel que á usted; que ya me tiene harta! gritó María, metiéndole las manos en la cara á Romero; y sobre todo, esto ya está decidido, yo ya no pertenezco á la compañía, señor empresario.

—¡Cómo!

—Como lo está usted oyendo: ya no trabajo.

—Me matas con esa resolucion.

—Ahí está su nueva artista de usted, su Isolina! ¡Ha visto usted nombre mas estravagante! ¡Isolina! ¿No le parece á usted, Paca, que ese nombre no cuela? ¡Isolina! ese es un nombre de novela; y todo hace comprender que la tal no es mas que una aventurera, que sabe Dios qué antecedentes tenga.

—¡Poco á poco, dijo entrando Pico, no permito que nadie ultraje á esa señora!

—¡Otro que mejor canta! dijo María; ¿y á usted quién le da papel aquí, y cuántos defensores tiene la desgracia? ¡Já, já, já!..... ¿Conque usted, el sufrido Pico, el consecuente Pico, el servicial Pico, el santo Pico se rebela tambien á influencia de esa mugercilla?

—¡María! gritó Pico.

—¡Hola, hola! señor apuntador, mas bajito porque le oye á usted el público; y eso es de muy mal efecto, y le prevengo á usted que ó habla usted quedito como siempre, ó se calla.

—En todos los tonos necesarios, le repetiré á usted, que no permito á nadie hablar de esa señora.

—¡Ay Jesus! qué miedo! qué horror! Este Pico está mejor para general en gefe que para apuntador. En resumidas cuentas, ya he dicho que no trabajo, y que voy á formar compañía; voy á San Luis y allí me uniré con las partes que se necesitan; ya lo oye usted, señor director, ya no pertenezco á la compañía.

—Ni yo, dijo la característica.

—Ni yo, dijo Pepa.

—Ni yo, agregó Pancho Pintado poniéndose una mano en la cintura y accionando con la otra; ni yo ni ésta (y señaló á Pepa) porque la verdad, hace tiempo que queriamos separarnos porque..... tenemos nuestras razones.

—¿Y qué razones son esas? preguntó Romero.

—¿Cómo qué? contestó Pancho Pintado dando un paso de baile; usted es muy regañon y yo no estoy acostumbrado á que me regañen, ni esta tampoco; usted bien ve, doña Pachita, que hacemos de todo; que se trata de un criadito que hable dos palabritas, y á Pancho Pintado; que se trata de un escribano, Pancho Pintado; que se trata de baile, Pancho Pintado; que un lacayo, Pancho Pintado; y luego que por esos volos ni medio, como si yo tuviera obligacion de ser actor; yo no soy mas que bailarin y me lo dijo mi maestro Maiquez; no te dejes, Pancho, no te dejes, me decia; no hagas papelitos, porque un dia te silban; y yo por consecuente, me presto á todo, á todo.

—¿Conque es decir que todos me abandonan? preguntó Romero parodiando la tribulacion de César.

Hubo un rato de silencio.

—Ahí tienen ustedes, dijo María; ahí tienen ustedes á esa princesa rusa, ocupando el mejor cuarto y tal vez ya estará cenando y nos dejará sin pollo!.... ¡y así pretenden estos señores, que nosotras las verdaderas artistas, postergadas por esa... por esa jóven, le tributemos aun nuestros mas rendidos cumplimientos... ¡Habráse dado mayor cinismo!—Lo dicho, no trabajamos. Este hombre (y señaló á Romero), Pico y la desconocida, irán á formar su compañía, para trabajar en el teatro de Tacon ó en Madrid, ¿no, señor director? Nosotras las artistas segundonas seguiremos corriendo la legua, pero rodeadas de personas que nos consideren y no de reinas destronadas que se coman la cena y se tomen la mejor habitacion.

—¡Que no hay pastura para los burros! dijo una voz aguardientosa en el patio.

María soltó una carcajada y agregó:

—¡Se la habrá acabado la reina! vaya usted, director, vaya usted á ver eso, que importa; á menos que prefiera usted hacerle una visita á su adorada misteriosa, en lugar de ir á ver que coman esos infelices animales, que bien lo merecen, pues hace ocho dias vienen cargando veinte teatros.

Romero salió del cuarto y Pico lo siguió.

—Cada uno en su lugar, gritó María riéndose; vayan ustedes á ver los burros ¡ja, ja, ja!

—Has estado terrible, le dijo doña Pachita.

—Hace usted bien de no dejarse, agregó Pepa.

—¡Vaya! dijo Pancho Pintado, si de que uno se deja, ó como dice el dicho, al que se vuelve miel, las moscas se lo comen; y yo tambien tengo mi genio, y de que se me sube lo Pintado, Ave María Purísima!

El bailarin torció la cintura y abrió los brazos para decir todo esto, y sostuvo esta postura por mucho tiempo, como esperando la *entrada* de la orquesta.